

con razon compara los grandes palacios, las populosas Ciudades, y los Reynos estendidos à aquellas casitas de arena, y lodo, que por entretenerse fabrican los niños: *Las quales mientras labran los muchachos, se estan riendo dellos los mayores, y muchas vezes, quando los ve su padre, ò maestro, que dexan de aprender, por ocuparse en fabricarlas llegan, y deshaz en con los pies en vn momento, lo que con mucho tiempo, y trabajo avian edificado. Así lo suele hazer Dios con los que por ocuparse en adelantar bienes temporales, descuidan de su servicio, y grandes palacios, Alcazares levantados fuertes castillos, muradas Ciudades, y Reynos poderosos, los destruye con tanta facilidad, como las casillas de arena que hazen los niños; porque mas ridiculos, y mas niños son los que ponè su corazon en las grandezas desta vida breve, que los niños que se entretienen en hazer paredes de arena.* Esto es de S. Juan Chrysostomo. El qual dize en otra parte, que como mirando pintados en la pa-

Homil. 14. de avarit red vn rico, y vn pobre, vn hombre vil, y vn poderoso, ni embidiamos al vno, ni despreciamos al otro, porque la pintura es sombra, y no verdad; este mismo juicio debemos hazer de las cosas mismas; porque poco mas, ò menos, todo es nada, y conforme à la Sagrada Escritura, es vna comedia, y farsa. Como importa muy poco hazer

alli la persona de Alexandro, y de Crespo, que fue el Rey mas rico de su tiempo, ò la de vn pobre mendigo; así tambien importan muy poco en esta vida las riquezas. Digan los mismos estimadores dellas lo que son: porque si el Rey Herodes por el bayle de vna muchacha ofreció la mitad de su Reyno, que puede valer todo él. Y Aman, que tenia grandes riquezas, confesó por su boca, que no lastenia en nada, con solo que no le hazia reverencia Mardoqueo.

Los regalos, que son fino cosas viles, y suzissimas? Por cierto que si se considera lo que es vn capon, ò gallina, que es el pasto mas ordinario de los ricos, y regalados, que se avia de hazer mil ascos dello; porque si coziendose la olla, echaran dentro gusanos, lombrizes, y estiercol de la cavalleriza, nadie comiera della: pues la gallina que es fino vn vaso lleno de estiercol, gusanos, lombrizes, y otras cosas asquerosissimas que come, como son flemones, excrementos de las narizes, y otros mas asquerosos del cuerpo humano? Y si solo el sonarse el cozinero, ò escupir vn flemon en el guisado, quitará las ganas de comer; como no caula asco regalar se con lo que tiene entrañado en sí cosas tan asquerosas? Otras carnes ay que se forman de cosas igualmente suzias, de cieno, y lodo, y son

con el aliento de la gula. Quien comiessé de vn pernill, si considerassé de quantas suziedades se ha alimentado aquella carne, y en quantos albañales se ha rebolcado, pudiera ser que le disminuyessé la gana de comer. Pues vna lamprea, que tanto se aperece, de quanto cieno se ha sustentado? No ay cosa mas limpia que el pan, y agua, y las yervas, la comida de los penitentes.

Los gustos mismos, quan corta esfera tienen, porque fuera de ser los que mas presto fenecen, están mezclados con ajenjos de muchas penas que les acompañan, les anteceden, y les siguen. Vn deshonesto, que peligros, y pesares fuele passar, hasta conseguir su desseo, y en la misma possession del, quantos sobrefaltos le punzan el corazon? Y despues quanta pena tiene de lo que tanto desseo, y quantas enfermedades bien largas, y dolores muy pesados resultan; por lo que duró vn momento? Cotejense las penalidades, y dolores de la vida con los gustos della, y se hallará, que assi en la multitud, como en la grandeza, exceden sin comparacion los dolores, y penas à los gustos. Porque los generos de gusto que puede tener el tacto, en dos, ò tres se encierran; pero las penas no tienen quenta, porque son muchos los generos de dolores que le pueden asigir, dolor de ceatica, mal

de piedra, de gota, de muelas, de cabeza, y otros innumerables dolores que ay, y violencias que suceden con tantos generos de tormentos como han inventado los tyranos, los quales son intensísimos, y horribles, no teniendo comparacion el mayor deleyte del sentido, con la grandeza del dolor de descoyuntarse vn miembro, ò padecer vn dolor fuerte de ceatica, ò piedra.

§. III.

Bien se echa de ver la mengua, y cortedad de los gustos desta vida, por lo que procura nuestro apetito enfancharlos, inventando nuevos entretenimientos, para que supla con la multitud la mengua de su pequenez; por esso no se contentando con los gustos, y regalos naturales, ha inventado tantos artificiales, buscando nuevos pastos de los sentidos, y peregrinos ingenios de comodidades. Bien se echa de ver quan cansada es la vida, pues se buscan para ella tantos descansos, y alivios. Qué generos de vestidos delicados, y telas regaladas no se han texido? Qué fuertes de camas, y lechos descansados no se han fabricado? Qué maneras de sillas, literas, y coches no se han usado con costas grandes, y gastos desmedidos, y con tanto orgullo, y prisa, quando se sabe de alguna

Fr Prude-
 dècio de
 Sãdoral
 en la his-
 toria de
 Carlos
 V. p. 2.
 lib. 28.

invençion destas, que se tiene por desdichado el postrero que la usa, aun no siendo su uso necesario; Escribe el Obispo de Pamplona, historiador copioso de Carlos V. que por los años de 1546. aun no se usaban en España coches, y aviendo venido un Emperador, salian las Ciudades de enteras à verle, admirandose del, como de vn Centauro, ò mostruo. Pues aora, que cosa mas ordinaria? Agradò tanto esta invençion, por parecer descañada, que dentro de pocos años usaron coches gente muy ordinaria, tanto que fue menester prohibirlos. Y esto es tanto de mayor maravilla, quanto estaban poco antes muy dexos de usarlos los mayores señores. Escribe del Duque de Medina Sidonia, cuya grandeza, y riquezas son de las mayores destas Reynos, que quando queria ir en compaõia de la Duquesa à visitar a nuestra Señora de Regla, que es vn grande Santuario de Andaluzia, iba en vn carro que tiraban bueyes, lo qual sería por el año de 1540. Pues luego dentro de seis, ò siete años, vino el coche que hemos dicho à España, y luego dentro de nueve, ò diez años, hubo tanta multitud dellos, que por ley publica se vedaron el año de 1577. todos los coches de dos cavallos, por ser tanta la gente ordinaria que

los usaba con gran perjuizio de la hazienda, de la cavalleria, y de la honestidad: con tanta prisa busca nuestro apetito la comodidad, buscando con artificio en lo que parece anduvo corta la naturaleza. Lo mismo sucedió en Roma con las literas, las quales (segun refiere Dion Casio) se empezaron à introducir en tiempo de Julio Cesar dentro de Roma. Pero luego, como escribe Suetonio, fue necesario que el mismo Julio Cesar las prohibiese.

Lo mismo ha pasado, y passa en los vestidos costosos, que es tan igual desordenamiento de nuestra malicia, que duda Tulio qual destas cosas es mas indecente al ser del hombre, si el uso de los coches, ò de los vestidos, y llama à vno, y à otro cosa desvergonzadissima, y lo es verdaderamente en no pocos el modo, como usan destas comodidades. Dixo Ciceron que los soldados Romanos computaban las armas por miembros, porque no les avian de embarazar mas que los brazos: esta misma quenta se hacen muchos en los vestidos compuestos, y pomposos, que no menos sienten que se los toquen, que si les descoyuntasen vn miembro. De Quinto Horstencio, Senador Romano, escribe Macrobio, que ponía tanto cuidado en el ornato, y aseo del vestido, que se miraba todo à vn

es-

espejo, donde con suma atencion distribuia, y disponia los pliegues de la toga, que luego recogia en vn lazo, en que los ponía mas pomposos. Siendo vna vez Consul, y saliendo en publico con gran costa, y cuydado vestido, solo porque su compañero en vn gran concurso, y aprieto de gente le desbarató la toga vn poco, y no pudiendo mas, juzgó por delito capital el averle con el encuentro mudado algun pliegue della, y le acusó publicamente, y propuso contra él la querrela, ó accion que llamaban de injuria, como si le huvieran torzido, ó quebrado vn brazo. Qué diré de los ornatos tan costosos, y tan necios, que parece que aun el mismo mundo los condena, pues harto ya de guarniciones de oro, da en traerlas de paja, como quien ha caído en la cuenta, que para el uso del vestido, lo mismo es guarnecerle de paja, que de plata, y oro, y así se usan aora puntas, y passamanos de paja, que suplan los de oro.

Pues las invenciones de vestiduras varias, quien las podrá contar, fino es el que contare las que se han buscado para aumentar los gustos de los demás sentidos? Las mezclas de guisados para el gusto, las confecciones de suaves pastas, y perfumes para el olfato, las melodias de musicas, y varios instrumentos para

el oido, las amenidades, pinturas, y espectaculos, para la vista, cuyo entretenimiento se ha procurado aun con derramamiento de sangre humana en los gladiadores de Roma, y otros de España: toda esta maquina de gustos que ha inventado el apetito, es clara señal de su menzura, pues tanta multitud no le llena, ni igualan tantos contenidos artificiales à los dolores naturales.

Por cosa tan poca se pierde lo que es tan grande como lo eterno. Rasgamos la ley de Dios, y somos desagracedidos à nuestro Redemptor, el qual nos premiará con grandes favores del Cielo el desprecio de estos tan cortos, y menguados gustos de la tierra, para que si no los quisiéremos despreciar por lo que son ellos en sí, lo hagamos por lo que él nos da, porque los despreciemos, mortificando nuestros sentidos, cuya mortificacion nos es tan provechosa, y à Dios tan agradable, como se verá por esta historia que refiere Glycas. Avia gastado en el yermo vn Anacoreta espacio de quarenta años, vacando solo à sí, y à la salvacion de su alma, con gran observancia de su profesion. Vinole deseo de saber quien tendria en la tierra igual grado de merecimientos, y así pidió à Dios se lo manifestasse. Hizolo así el Señor, y fue ref-

Glycas,
Ex eo
Rad. in
Aula
facta

respondió del Cielo , que el Emperador Teodosio , aunque estaba en la mayor grandeza del mundo, porque con toda su magestad no lo era inferior , ni en el humillarse , ni en el vencerse à sí mismo. Con esta respuesta, movido de Dios, se fue luego à hablar al Emperador, y como el Hermitaño tenia fama de santidad, y el religioso Emperador era tan humano, y amigo de los siervos de Dios, y Monges , hallò modo con que hablarle , y saber del sus santos exercicios. Al principio no le declaró el Emperador mas que virtudes comunes, que daba grandes limosnas, que traía cilicio, que ayunaba à menudo, que guardaba continencia con su muger, y procuraba hazer justicia. Parecieron le bien al Hermitaño estas virtudes, y mas en vna persona Real ; mas juzgò que todo esto avia èl hecho con mayor perfeccion, porque avia renunciado todo por Christo, y dexado toda quanta hazienda poseia, lo qual es mas que dar limosna: à muger no avia conocido en su vida, lo qual es mas que aver guardado por tiempo castidad: à ninguno avia hecho injuria, ni injusticia, lo qual juzgaba por mejor que hazer guardarla : sus cilicios, y ayunos avian sido continuos, y sin regalo alguno, lo qual era mas que abstenerse algunos dias de carne. Con esto

inició mas al Emperador, suplicándole no le encubriessè nada, porque la voluntad Divina avia sido que supiesse del lo que hazia, y que para esto le avia embiado à èl nuestro Señor. Dixòle entonces el Emperador: Sabete que quando ay juegos de cavalleria, y espectaculos del Circo, que aunque yo asisto à ellos, estoy tan ausente de alli, que no los quiero mirar, ni gozar del gusto de aquella vista, sino que al mejor tiempo divierto mis ojos, y no quiero ver quando se va à hazer la fuerte, de modo que estoy como ciego, aunque tengo los ojos abiertos. Quedò espantado el Hermitaño de tan particular mortificacion de aquel gran Monarca, y echò de ver, como no estorvan los cetros, y las purpuras, para merecer mucho con Dios, si se privassen de sus gustos. Añadiò mas Teodosio: Sabe tambien, que mi sustento es de lo que gano con mis manos, porque trasladado algunos cartapacios de buena letra, y mi comida es de mi trabajo, del precio que dellos se saca. Con este exemplo de pobreza entre tanta riqueza, y de templanza entre tantos regalos, quedò atonito el Anacoreta, y conociò que el privarse del defcanfo, y de gustos de la bebida, y comida, era lo que daba tan grandes merecimientos à aquel Principe. Tan perversos son los

gustos de la tierra, despues de ser tan cortos, que aun los licitos impiden grandes provechos, y los illicitos causan grandes daños.

§. IV.

PVes què dirè de los Imperios, y de la dignidad Real, que abraza, al parecer humano, todos los bienes del mundo, honras, riquezas, y gustos? Quan pequeño es vn Reyno de la tierra, pues toda la tierra es vn punto, respecto de los Cielos, y todo lo que puede gozar vn Rey de la tierra, no son mayores honras, ni mas seguras riquezas, ni mas grandes gustos de los que hemos dicho! Y aun todo esto, aunque corto, no lo goza seguramente, por lo qual dize S. Chrisostomo, hablando de los Emperadores de su tiempo: No mires à la corona sino à la tempestad de cuydados que le acompañan. No pongas los ojos en la purpura, sino en el animo del mismo Rey, que esta mas triste, y cardeno, que la misma purpura. No tanto ciñe la diadema à su cabeza, quanto la solitud, y sobref. lto rodean à su alma. No mires al esquadron de su guarda, quanto al exercito de molestias que le siguen, porque no se podrá ballar alguna cosa particular tan llena de cuydados, quanto lo estan los palacios Reales. Cada dia esperan no vna muerte, sino muertes, y lo se puede dezir quantas ve-

zes de noche se les sobrefalta el corazon. y el alma parece que se les ha de salir. Esto passa, aun quando ay paz; pero se se enciende guerra, què cosa ay mas miserable que esta vida? Quantos peligros le acontecen por sus mismos familiares, y subditos? El suelo del palacio està lleno de sangre de parientes. Si quereis que especifique algunas cosas de las antiguas, y modernas, lo conocereis bien. Aquel, teniendo sospecha de su muger, la atò desnuda en los montes, entregandola à las fieras, despues de aver sido madre de muchos Reyes. Què vida haria tal hombre, porque no es posible executasse tal venganza, sino es porque estuviera consumido su corazon enfermo? Este degollò à su proprio hijo: este se quitò la vida à si mismo, presso del tyrano: aquel matò à su sobrino, que avia hecho compañero del Imperio: aquel à su hermano, aquel fue muerto con veneno, y la copa le fue muerte, no bebida, y à su hijo inocente, solamente por lo que podría ser, le acabò la vida. De los Príncipes que se siguieron, vno fue quemado como miserable con todos sus vassallos, y c arrozas. Y no es posible expliquen las palabras calamidades que fue forzoso padecer, y el que aora reyna, por ventura despues que fue coronado, no ha padecido muchos trabajos, peligros, tristezas, y affechanzas: Pero no es assi el palacio del Cielo. De esta manera pinta S. Juan, Chrisostomo à la mayor fortuna del mundo, que

Homil.
66. ad
populi.

es la magestad Imperial, la qual no puede dexar de ser pequeña, pues es tan desdichada, que aun de los bienes percederos de la tierra no les dexa gozar seguramente, pereciendo sus poseedores antes que ellos perezcan. Pero será esto muy de diversa manera en el Reyno de los Cielos, y Palacio, y casa de Dios, donde los justos han de reynar, y gozar sin menoscabo, ni contrapeso de miserias, de los bienes eternos, como en su lugar veremos.

Ultimamente hemos de sacar de lo dicho no admirar grandeza del mundo, ni desfiar comodidades de la tierra, como enseñò S. Espiridion à su discipulo, porque viniendo vna vez con él à la Corte del Emperador, se dexaba el discipulo llevar de las cosas que veía; causabale admiracion, como à mozo de poca experiencia, ver la grandeza de la Corte, tanto lustre, tan ricos vestidos, tantas joyas, perlas, y piedras preciosas; mas lo que sobre todo le ponía espanto, era ver sentado al Emperador en su trono, con magestad, y grandeza Imperial. Traíale todo esto como embelesado. Queriéndole corregir de su yerro S. Espiridion, le preguntò vn dia disimuladamente, qual de los que alli estaban era el Emperador? Que se le mostrasse, porquè no acababa de conocerle bien. El

discipulo no alcanzò el fin de la pregunta, y así señalando con la mano, dixo sencillamente: Este es; replicò el Santo: Y què es lo que este tiene de mas estimada que los otros, sino es por ventura que le tengas por de mas virtud? Por que tiene mas de lustre, y ornato exterior? No se ha de morir este como qualquier otro pobrecito desconocido? No le han de enterrar como él? No ha de compadecer tambien como los demás ante el recto juez? Porquè hazes tanto aprecio de las cosas que pasan, como de las que siempre duran? Como te admiras de ver vnas cosas que no tienen consistencia, siendo razon que pulieras los ojos, y el corazon en las eternas, è incorruptibles, y destas te enamoras, pues no están sujetas, ni à mudanza, ni à la muerte?

El mismo discipulo de S. Espiridion, siendo ya Obispo, caminaba con su maestro, que era Arzobispo de Trimitunte, y como llegassen ambos à vn lugar en que avia vnos campos muy amenos, y fertiles, pagòse mucho el discipulo desta fertilidad, y comenzò à dar, y tomar configo mismo, sobre que traza podría aver para alcanzar alguna heredad en tan buena tierra, para el acrecentamiento de su Iglesia, haziendo mucho caso desta comodidad. Pero el Santo que le entendió los pensamientos, diòle

vna suave, y amorosa reprehension. De que sirve (le dize) hermano carissimo, andar tan de proposito rebolviendo en vuestro corazon cosas vanas, y de poco tomo? Para que desseais aora con tanto ahinco tierras que labrar, y viñas que cultivar? No echais de ver, que son cosas que solamente parecen por lo de fuera, y con su apariencia nos engañan, pero son nada, y no valea nada? Heredad tenemos en el Cielo, que nadie nos la puede quitar: alli tenemos casa que no es hecha por manos de hombres. Dad tras estos bienes, comenzad à gozar dellos, aun antes de tiempo, con la virtud de la esperanza; por que estos son tales, que si vna vez os hazeis señor, y dueño de tal posesion, os quedareis eterno heredero, sin que vuestra herencia se traspassa a otro jamás. Pongase vno en el punto de la muerte, y mire desde alli la pequeñez de lo temporal que dexa, y se ha passado, y de otra parte la grandeza de lo eterno en que entra, y nunca se passará, y descubrirá, como no son dignas de admiracion, sino de risa, todas las grandezas, y comodidades desta vida, por ser tan pequeñas, y por passarse tan presto.

* * *

CAPITVLO VII.

Què miserable cosa es la vida temporal.

VEamos tambien en particular que substancia, y tomo tiene la vida temporal, que es lo que tanto estiman los mortales, y no nos maravillaremos poco, como en tan breve espacio pueden haber tantas, y tan grandes desdichas: por lo qual dixo Falaris Agrigentino, que si antes que naciera vno, conociera lo que avia de padecer en la vida, no quisiera nacer, ni tomara de valde la vida: porque no es toda ella, sino vn monton de miseria, y vna continua tela de peligros. Por esto arrepentidos de vivir algunos Filósofos, llegaron à blasfemar de la naturaleza, diziendo della mil quejas, è injurias, pues al mejor de los vivientes avia dado tan mala vida; porque no alcanzaron, que esto fue efecto, y pena de la culpa humana, y no gracia de la naturaleza, ò providencia Divina. Plinio llegó à dezir, que no era la naturaleza sino madrastra de los hombres; y Sileo preguntado, qual era la mayor dicha del hombre? Dixo que el no aver nacido, ò morir se luego. El Gran Filosofo, y Emperador Marco Aurelio, dixo esta discreta sentencia, considerando

Aurel. rando la miseria humana: *La ba-*
Anton. talla deste mundo es preligosa, y su
in *sua* *fin*, y salida tan terrible, y espanto-
Philos. sa, que estoy muy cierto, que si algu-
 no de los antiguos resucitasse, y con-
 tasse fielmente, è hiziesse alarde de
 la vida passada, desde que salió del
 vientre de su madre, hasta la pos-
 trera boqueada, contando el cuerpo
 por extenso los dolores que ha sufrido,
 y el corazon, descubriendo las
 al armas que te ha dado la fortuna,
 que todos los humanos se espanta-
 rian de cuerpo que tanto ha padeci-
 do, y de corazon que tanta batalla
 ha vencido, y dissimulado. Todo lo
 qual yo he en mi mismo probado, y
 confieso aqui libremente, aunque
 sea infamia mia, por el provecho q̄
 puede redundar à los siglos venide-
 ros. En cinquenta años que he vi-
 vido, he querido probar todo: los
 vicios, y pecados desta vida, por ver
 si la malicia de los hombres tiene
 algunos limites, y terminos; y hallo
 por mi cuenta despues de bien con-
 siderado, y contado, que quanto mas
 como, mas muero de hambre, quan-
 to mas bebo, mayor sed tengo; si mu-
 cho duermo, mas querria dormir,
 mientras mas descanso, mas que-
 brantado me hallo, quanto mas ten-
 go, mas desseo, y harto de buscar,
 menos hallo guardado, y finalmen-
 te, ninguna cosa alcanzo, que no me
 embaraze, y harte, y luego no la
 aborrezca, y dessee otra. Todo esto
 sintieron los Filósofos por las
 miserias de que esta llena nues-
 tra vida. Lo qual considerando

el Sabio, dize: Todos los dias del
 hombre están llenos de dolores,
 y miserias, ni aun de noche *Eccl. 2.*
 descansa su pensamiento.

Con razon dixo Democrito,
 que era miserabilissima la con-
 dicion humana, pues los que
 buscan algun bien, apenas le
 encuentran; y los males, no solo
 buscados, pero sin aguardarlos,
 llegan, y se nos entran por las
 puertas sin querer: de fuerte que
 siempre está nuestra vida ex-
 puesta à innumerables peligros,
 injurias, daños, y enfermedades,
 las quales son tantas, segun Pli-
 nio, y muchos Medicos Griegos,
 y Arabes, que en espacio de
 algunos años se descubrieron
 mas de treinta especies de do-
 lencias nuevas, y cada dia se van
 descubriendo mas, y algunas tan
 crueles, que no se pueden oir sin
 horror. No digo las enfermedades
 solamente, sino sus mis-
 mos remedios; porque aun do-
 lencias muy conocidas, y comu-
 nes, se curan con cauterios de
 fuego, con alicerrar miembros,
 con sacar huesos de la cabeza, y
 aun tripas del vientre, como
 para hazer inventario, ò anoto-
 mia dellas. Otras se curan con
 tan estraña dieta, por la gran
 furia del mal, que escribe Cor-
 nelio Celso, que bebian los en-
 fermos los orines con la mucha
 sed que padecian, y se comian
 los emplastos, por la grande
 hambre que les afligia. A otros,

Stob.
Ser. 26.

para sanarles, les hazen comer culebras, sabandijas, y otras cosas muy asquerosas. Sobre todo, que mas cruel genero de cura, que la que padecio Palelogo, Segundo Emperador de Constantinopla, que despues de aver estado doliente vn año, no tuvo su enfermedad otro remedio de la medicina, que matarle à pesadumbres? Y assi la Emperatriz su muger, que era la que mas deseaba su salud, y guiso, procurò por la misma salud, no darle guiso en nada, sino quantos peñares podia, afectando el serle inobediente. Si los remedios aun son tan grandes males, quales seràn los males de las mismas enfermedades? En Angelo Policiano fue tan vehemente su dolencia, que se daba de calabazadas por las paredes. En Mecenas fue tan estraña, que en tres años enteros no durmiò, ni pègò en todos ellos sus ojos. En Antioco fue tan asquerosa, que contaminò su mal olor à todo su exercito, con ser muy grande, el qual no podia sufrir el hedor pestilencial que echaba su Rey, gusanos le manaban del cuerpo, y las carnes se le consumieron de dolor. De la misma manera Feretrina, Reyna de los Barceos, todas las carnes se le convirtieron en gusanos, de los quales deshecha vino à morir. Considere vno aqui el fin que tuvo la magestad Real, sin

poder nada todo el poder de la tierra contra vnas sabandijas tan asquerosas, ni aprovecharle nada la limpieza de las delicadas olandas, contra el asco de los gusanos inmundos. A algunos les han nacido dentro de los brazos, y muslos, sierpes mordacissimas, que les despedazaban las mismas carnes. Con razon entra el hombre llorando en este mundo, profetizando las muchas miserias, que aun teniendo tiempo para padecerlas, le ha de faltar para llorarlas, y assi comienza tan temprano.

§. II.

Pestes estrañas.

QUè dirè de las enfermedades pestilentes, y estrañas que han consumido grandes Ciudades, yaun provincias? Muchos Autores escriven, que los de Constantinopla fueron atormentados de vna manera de pestilencia tan horrible, que les parecia, à los heridos della ser muertos por mano de su vezino, y caidos en este frenesi, morian rabiando con sola esta imaginacion, de puro miedo, creyendo ser muertos por mano agena. Huvo en tiempo de Heraclio vna pestilencia mortal en la Romania, que en pocos dias murieron muchos millares de hombres, y era la furia, y frenesi de la enfermedad tan grande, que

que la mayor parte de los heridos se echaban en el rio Tiber, para matar el excesivo calor, que como cauterio de fuego les abrasaba las entrañas.

Tucidides, Autor Griego, escribe que en su tiempo huvo en Grecia tal corrupcion de ayre, que murió vna infinidad de gente, sin poder hallar remedio para mitigar aquel desastre. Y añade otra cosa mas estraña, y admirable, que si por gran dicha conualecian algunos de aquella enfermedad, y escapaban de aquel veneno, quedaban sin memoria alguna de las cosas passadas, hasta desconocerse los padres à los hijos.

Marco Aurelio, Autor digno de fee, escribe que en su tiempo huvo tan gran pestilencia en Italia, que queriendola los Historiadores escribir, les fue mas facil contar los que quedaron vivos, que dezir el numero de los muertos. Los soldados de Avidio Casio, estando en Seleucia, Ciudad del Imperio de Babylonia, entraron en el Templo de Apolo, y hallando alli vn cofre, ò escritorio, le abrieron, esperando hallar mucho dinero en èl, del qual salió vn ayre tan hediondo, y corrompido, que contaminò toda aquella region de Babylonia, y de alli saltò à Grecia, y de Grecia à Roma, corrompiendo de tal manera los ayres, que no quedó la tercera

parte de los hombres que vivian.

No han sido en tiempos mas vezinos à los nuestros menores las calamidades, que como no afloxan los pecados, tampoco se descuyda la justicia Divina en castigarlos. Vn año despues que el Rey Francisco de Francia se casò con Doña Leonor de Austria, reynò en Alemania vna pestifera enfermedad, que todos los heridos della morian dentro de veinte y quatro horas, sudando vn humor pestilencial. Y aunque este mal comenzò hazia el Occidente, se estendiò despues de tal manera por Alemania, que parecia red barredera que queria llevarlo todo à hecho; porque antes que se hallase remedio, murieron tantos millares de hombres, que muchas tierras, y provincias quedaron desiertas, y desbaratadas; porque la gran putrefaccion del ayre que avia, no dexaba cosa à vida. Era tanta esta ponzoña del ayre, que todos andaban señalados de Cruces coloradas. Y escrivese que en el tiempo que esta pestilencia estuvo en su vigor, y fuerza atormentaba tan furiosamente à Inglaterra, que con la fuerza de la ponzoña, no solo se ahogaban los hombres; pero que las aves dexaban sus nidos, huevos, è hijuelos; los animales sus cavernas, las culebras, y topes andaban juntos en vandas, y compañías, no pudiendo sufrir

frir la ponzoña que estaba encerrada en las entrañas de la tierra, y hallabanse muchos animales juntos muertos debaxo de los arboles, heridos de lances sus miembros. El año de mil y quinientos y quarenta y seis, comenzó el postrero dia de Mayo en Strix, Ciudad de la Proenzia, vna mortal pestilencia que durò nueve meses, y murieron muchísimas gentes de todas edades, comiendo, y bebiendo, de forma que los cementerios estaban tan llenos de cuerpos muertos, que no avia lugar de enterrar mas en ellos. La mayor parte de los heridos al segundo dia se bolvian freneticos, y se arrojan en los pozos, otros de las bñtanas abaxo: à otros daba vn fluxo de sangre de narizes tan recio como vn gran arroyo, y el restrañarse, y acabar la vida era todo vno. Vno la cosa à tanto extremo, que las preñadas abortaban, ò à los quatro meses morian ellas, y sus criaturas, las quales hallaban cubiertas de tabardillo, de color por vn lado algo azul, que parecia sangre desparramada por el cuerpo. Era el mal tan grande, que los padres desamparaban los hijos, y las mugeres à los maridos, ni aprovechaban las riquezas para no morir de hambre, por no poderse algunas vezes hallar vn vaso de agua por ningun dinero. Si acaso hallaban

que comer, era el mal tan arrebatado, que muchos morian con el bocado en la boca. La furia de la contagion era tan grande, que de solo mirar à vno, se le pegaba, y moria, por estar el ayre de la Ciudad tan corrompido del calor gravíssimo del pestilencial mal, que à qualquier miembro que llegaba el vaho, y aliento, se levantaban grandes ampollas, y hazian llagas mortales. O qué cosa tan monstruosa, y horrible es de oir la que vn Medico cuenta, que era señalado por el Regimiento para socorrer, y curar los enfermos! Era (dize) esta enfermedad tan aguda, y perversa, que no se podia atajar con sangrias, píctimas, atriaca, ni otras cordiales medicinas; todo lo assolaba, ahogaba, y mataba, y destruia: de manera que el remedio que esperaba el herido era la muerte, de la qual estando ciertos, luego en sintiendose heridos, se costian ellos mismos las mortajas, y estaban diez mil vivos amortajados, sabiendo averiguadamente que el remedio, y fin de aquél mal era el morir, y desta manera esperaban la forzosa partida del alma, y temeroso apartamiento de los dos tan queridos amigos, y compañeros. Lo qual él afirmó muchas vezes aver visto hazer à muchas personas, especialmente à vna muger, que llamó por vna ventana para ordenarla algun

remedio para su mal, y viola como se estaba cociendo con la mortaja, en cuya casa entrando despues los que enterraban los muertos, la hallaron en la sala tendida muerta, aun no acabada de cofer su mortaja. A todo esto està sujeta la vida humana, para que teman los que tienen salud, y regalo, à lo que puede llegar.

§. III.

Hambres notables.

NO es menor miseria de la vida la hambre, que no solo hombres particulares; pero provincias enteras han padecido, qual fue la que padecieron los Romanos despues de la general destruccion de Italia. Quando Alarico, enemigo capital del genero humano, cercò à Roma, vinieron à tanta pobreza, hambre, y grandissima falta de todas las cosas, que no teniendo ya lo que comunmente solian comer, comenzaron à comer los cavallos, perros, gatos, ratones, liro-nes, y todas las demàs sabandijas que podian aver, y quando estas les faltaron, se comian vnos à otros. Cosa cierto espantosa, y horrible, que quando la justicia de Dios nos pone en aprieto, la necesidad nos trae à terminos de no perdonar à nuestros semejantes, ni los padres à los hijos, ni aun las madres à los que pa-

rieron. Lo mismo acaeciò en el cerco de Jerusalem, como cuenta Eusebio en la historia Eclesiastica. Cosa estraña es de oir, pero mas abominable, y monstruosa de ver; como quando Scipion cercò la Ciudad de Numancia, despues de averles cortado el poder meter mantenimiento alguno, los puso en tanta necesidad, è hizo padecer hambre tan mortal, y tan canina, que cada dia iban à cazar Romanos, como quien va à caza de bestias salvages, para comerse los; de modo que tan sin asco comian de las carnes de los Romanos, y bebian la sangre, como de vna clara fuente agua, y de vn cabrito, ò carnero la carne. A ningun Romano perdonaban, y el que les venia à las manos, luego era degollado, y hecho quartos, y se vendia por menudo en la carniceria publica: de manera que valia mas vn Romano muerto entre ellos, que vivo, ò rescata- do. En el quarto libro de los Reyes se haze mencion de vna hambre que hubo en Samaria, en tiempo de Eliseo Profeta, que hizo harta ventaja à esta que aora dezimos, porque hubo tanta falta de mantenimientos, que se vendia la cabeza de vn año, por ochenta monedas de plata, y la quarta parte de cierta medida de estiercol de palomas, por cinco monedas de plata. Lo peor, y mas inhumano fue de todo, que avien-

aviendose acabado, y consumido todos los mantenimientos, las madres se comian à los propios hijos. Vna Ciudadana de Samaria se quexò al Rey de Israel, que andaba por el muro, de que su vezina no queria cumplir vn concierto hecho entre las dos, que era de comer primero su hijo, y acabado aquel, comer el de la vezina: lo qual yo hize, y cumplì (dixo al Rey) porque comimos el mio, y aora ella esconde el suyo, por no me dar parte del. Lo qual oyendo el Rey, pensò rebentar de lastima, y rasgó sus vestiduras. Josepho en el septimo libro de la guerra de los Judios, cuenta otra cosa casi semejante à esta, pero executada con mas furia, y por estraña manera. Avia (dize) en Jerusalem, quando estaba cercada, vna muger noble, y rica, que avia escondido en vna casa de la Ciudad parte de sus riquezas, y comia pobre, y regaladamente de aquello que tenia, lo qual no pudo hazer en su sana paz, porque los soldados, y gente de guarnicion le quitaron en poco tiempo quanto tenia en su casa, y fuera, y si allegaba, ò mendigaba algo para comer, y sustentarse, luego se lo quitaban de las manos, y le sacaban el bocado de la boca. Viendose, pues, morir de hambre, y sin remedio alguno para su necesidad, y sin consejo que bueno le pareciesse, co-

menzòle à armar contra las leyes naturales, y contemplando vn niño que tenia à los pechos, comenzò à dar gritos, diziendo: O desdichado hijo, y mas desdichada madre! Què podrè ya hazer de ti? Donde te guardarè? Las cosas van tan de rota, que aunque te salve la vida, has de ser esclavo de los Romanos; mejor serà luego, hijo, que mantengas, y sustentes à tu madre, y pongas temor à los malditos soldados, que no me han dexado tras que parar, y seas exemplo de piedad à todos los del siglo venidero, y muevas à lastima los corazones de los que estan por nacer. Acabadas estas palabras, degollò à su hijo, partiòle por medio, tomò vn assador, assò la mitad, y comiòsela, y guardò la otra para otra vez. Luego en acabando esta lastimosa tragedia, llegaron los soldados, y sintiendo la carne assada, comenzaronla à amenazar de muerte, sino les mostraba la vianda; mas ella estaba tan fuera de si de pura rabia de lo que avia hecho, que no desheaba cosa mas que tener compañia à su hijo muerto, y sin miedo, ni verguenza alguna les dixo: Callad amigos, que partido avemos como hermanos, y diziendo, y haziendo, sacò, y pusoles delante el muchacho en la mesa: de lo qual los soldados assombrados, y confusos, sintieron tan gran dolor, y lastima

Joseph. l.
7. de bel
Aud. c. 2.

en sus corazones, que no pudieron hablar palabra de puro corridos. Ella por el contrario, con vna furiosa vista, con vn semblante cruel, y con voz ronca, y desentonada, les dixo: *Què es esto, señores? Este no es mi fruto? No es este mi hijo? Esta no es mi maldad? Porque no le coméis vosotros, pues yo comí la primera? Sois por ventura mas asquerosos, y escrupulosos que yo, ò mas delicados que la madre que le engendró? No comereis de lo que yo comí primero, y comeré otra vez con vosotros? Pero no pudiendo ellos ver cosa tan horrible, y aborreciendo espectáculo tan lastimoso, echaron à huir, y dexaron sola la miserable madre, con aquello poco que le quedaba de su hijo, que era todo quanto en suma le avia quedado de todos sus bienes.*

A estas historias añadiré otras mas lamentable, en que se echará de ver claramente las miserias à que está expuesta la vida humana, la qual escribió Guillermo Paradin, hombre de gran doctrina, y diligencia, en el tratado de las cosas memorables de su tiempo, donde dize: El año de mil quinientos y veinte y ocho, soltaron los hombres la rienda à los vicios, y se embolvieron de tal manera en ellos, hizieronse tan essentos, y viciosos, que andaban tan metidos de hoz, y de coz en ellos, que no

se humillando, ni convirtiendo à su Dios por guerras crueles, y gran derramamiento de sangre, que avia precedido; antes haziendose cada dia peores, vinieron à caer en el extremo de todos los vicios, y males: de lo qual enojado Dios, comenzò à soltar, y disparar las saetas mas agudas de furia, y enojo contra el Reyno de Francia, con tanta furia, que todos pensaban ser llegada la final destruicion deste Reyno; porque hubo tanta falta, tanta necesidad, tales calamidades, y miserias, que no ay memoria averse jamás padecido tanta falta, así de pan, y vino, como de los demás frutos de la tierra; porque vino la cosa à tanto mal, y desorden, que en cinco años enteros, que comenzaron desde el de mil y quinientos y veinte y ocho, jamás ninguno de los quatro tiempos, y fazones del año guardò su orden, y curso natural; antes hubo tal confusión, y desorden en ellos, que la primavera venia por el otoño, y el otoño en primavera; el verano en invierno, y el invierno en verano; aunque el verano, y estio tuvo mas fuerzas, y venció à las otras partes del año, y mostròlas dobladas contra su mayor contrario el frio, de manera que en lo mas recio, y frio del invierno, que es Diciembre, Enero, y Febrero, quando se ha de fazonar, y

madurar la tierra con frios, y yelos, hazia tanto calor, y estaba la tierra tan abrasada, y encendida, que era cosa prodigiosa verlo; porque en todos cinco años no hubo escarcha que durasse de vn dia à dos à arriba, y no era tan recia, ni apretada, que hiziesse elar el agua. Con este calor tan extraordinario se criaban dobladas sabandijas en las entrañas de la tierra, muchos gusanos, caracoles, lombrizes, y langostas, de los quales los tiernos panes nuevecicos, y en yerva, antes eran comidos que nacidos, antes tragados, y consumidos, que salidos del cascaron; y fue causa que los trigos que avian de multiplicar, y echar muchas cañas de vn mismo grano, no echaban sino vna hasta, ò dos, y estas tan debiles, abochornadas, y secas, que al tiempo de la cosecha no se cogia la mitad de lo sembrado, y à las vezes nada. Durò esta hambre cinco años enteros sin remesion, ni descanso, cosa tan lastimosa, que no es posible imaginarla sin averla visto. Estuvo el pueblo tan hostigado, y afligido desta hambre mortal, y otros muchos males, que se allegaban comunmente à este, que era gan lastima verlo; porque los que tenian vna razonable passada, y renta, dexaban sus casas, y grangerias, y andaban hechos picaros por-dioseros de puerta en puerta. Crecia cada dia el numero de los pobres, de tal manera que era cosa espantosa ver las vandas dellos, è imposible el poderlos remediar, y muy peligroso de esperar, y sufrir; porque fuera del temor, y peligro que avia de ser vno robado, à que la extrema necesidad los podia forzar sin pecado, salia grande hediondez, y corrupcion de ayre de sus alientos, y cuerpos; henchian por matar la hambre, de todas fuertes de yervas buenas, y malas, sanas, enfermas, y ponzoñosas, no perdonando, ni dexando en jardines, huertas, y prados, hasta las raizes, y troncos de las berzas, de que aun no se veian hartos: y no hallando gallofa en las huertas, recorrian à los campos, y à las yervas silvestres. Muchos dellos cozian grandes calderos, y ollas de malvas, y cardos, mezclando con ellas algun puñado de salvado, si lo podian aver, y desto henchian los vientres como puercos. Cosa era digna de maravillar, ver inventar muchas maneras bien exquisitas de hazer pan de semillas, de yervas, del helecho, de bellota, de la simiente del heno, forzados, y enseñados de la hambre, maestra de los haraganes. Donde vemos ser verdad lo que dizen comunmente, que la necesidad, y falta de las cosas, haze à los hombres buscar remedios no pensados, como hizo acordar à estos miserables, que

los puercos comian las raizes del helecho , haziendo de ellas pan para sustentarse , quitando á los puercos su comida , y sustento: lo qual manifestamente mostraba ser el enojo de Dios grandissimo contra la suziedad , y torpeza de nuestros pecados, pues permitia que los hombres fuesen puestos en tanto extremo , que comiesen , è hiziesen sus banquetes con los lechones. Desto se engendraron vna infinidad de enfermedades. Grandes compañías de hombres, mugeres, niños, mozos, y viejos , y de todas edades, andaban por las calles desnudos , amarillos , y tiritando de frio ; los vnos hinchados como atabales de hidropesia ; otros tendidos por el suelo medio muertos , daban las postreras boqueadas. Desta gente estaban llenos los establos , y muladares. Otros avia tan flacos , y enfermos , que no podian echar la palabra del cuerpo , para manifestar su enfermedad , y necesidad á los que se la preguntaban, ni aun resollar. Otros temblando como azogados, que parecian mas duendes , y fantasma , que hombres. Pero sobre todo era grandissima lastima ver muchos millares de madres flacas, deshechas, traspassadas, cercadas, y cargadas de infinidad de hijuelos del mismo jaez, los quales casi todos de hambre , no podian llorar, ni pedir á las tris-

tes , y afligidas madres socorro de su necesidad , la qual ellas solo con el piadoso mirar podian socorrer , que daba muestra los caudalosos arroyos de lagrimas que de sus ojos salian. Era esta la mas lastimosa representacion de toda esta miserable tragedia, por ser grandes las muestras de compasion que las miserables madres daban á sus desamparados hijos. Dize el mismo Guillermo Paradin , que vió en vn lugar llamado Lonhans en Borgoña , vna pobre muger , que por mucha diligencia que hizo, solo pudo alcanzar vn pedacillo de pan, y queriendole comer , se le arrebató de la mano vn niño á quien daba de mamar , que no tenia vn año cumplido , ni jamás avia comido bocado , de lo qual la triste madre maravillada, se paró á mirar como el muchacho se comia aquel poco de pan duro, negro, y seco , tan á sabor como si fuera vn gran regalo ; y queriendo coger las migajuelas que se le caian de la boca , para comerlas , hizo el niño tantos extremos , y dió tantos gritos, que la madre lo huvo de dexar, y no parecia verdaderamente, sino que el niño conocia la falta que tenia de aquel manjar, y por esto no queria compañía. O Dios poderoso , y qué dolorosa representacion ! Qué corazón huviera tan duro , è inhumano, que viendo este espectáculo , no se

se quebrara de dolor? Escribe el mismo Autor, que en otra aldea vezina desta, no pudiendo dos mugeres hallar cosa con que matar su hambre, comieron, y se hartaron de cebollas albarradas, no conociendo la virtud, y propiedad desta yerba ponzoñosa, y con ella se emponzoñaron de tal manera, que todas las extremidades de los pies, y manos se les pusieron verdes, como pieles de lagartijas, y les salia materia, y ponzoña por entre las vñas, y la carne, y no pudiendo ser focorridas, por presto que lo procuraron, al fin murieron. No avia criatura que no se ocupasse en ser verdugo de la ira de Dios. Los pobres labradores huvieron de dexar sus tierras, y heredades, e irse a focorrer de los ricos, que avian mucho antes llegado, y juntado gran cantidad de trigo en sus troxes, y graneros, de los quales primero compraron a pelo de oro el pan que podian, y faltando el dinero, les vendian, y empeñaban las heredades, y tierras a muy baxo precio; porque la heredad que valia ciento, no se vendia por diez: tanta era la codicia, y demasia de los logreros, como si no bastara ser azotados los pobres con la ira de Dios, y averse levantado contra ellos elementos, y criaturas, sin que los mismos hombres les fuesen verdugos, persiguiendole, y

afigiendose vnos a otros. Viendo aquellos logreros la buena ocasion, que con hazer el tiempo que desicaban, se les ofrecia, no la perdian, antes tenian factores, y corredores echadizos por las aldeas, para comprar las heredades al precio que querian, las quales los afligidos labradores daban de buena gana, por tener que comer, y con ellas los ajuares, y aderezos de sus personas, y empeñaran de buena gana las entrañas, por no morir de hambre. Otra cosa peor avia en esto, y era, que muchos no veian medir el trigo que llevaban, y avianlo de tomar como se lo daba el vendedor, que no era mas justo en la medida, que lo fue en el precio. Huvo logrero que comprò vna tierra mas barata, que dà vn Escrivano vna carta de venta. Despues de todos estos males, se veian los pobres labradores echados de sus casas con sus mugeres, e hijos, y morir en los hospitales. Todas estas miserias, que aun no caben en el pensamiento, caben en la vida humana.

§. IV.

Males de la guerra.

MAyor que todas estas calamidades es la que trae la guerra, porque de los tres azotes de Dios, con que suele cal-

castigar los Reynos, es lo de la guerra el mas grande, así porque lé figuen los otros dos, como por que trae consigo mayores penas, y lo que peor es, mayores culpas, de las quales carece la peste, en tiempo de la qual todos procuran componerse con Dios, y disponerse para la muerte, aun los que están sanos, y el que embia la peste, es Dios, que es la summa santidad, sin atravesar por manos de hombre, como viene la guerra. Por lo qual David tuvo por dicha que padeciese peste su pueblo, y no guerra; porque juzgó por mejor caer en manos de Dios, que en las de los hombres. La hambre tambien, aunque trae algunos pecados, disminuye otros; porque aunque la acompañan muchos hurtos, no consiente tantos faustos, y vanidades, y no son tantos los generos de vicios que permite, como la guerra ocasiona. Basta para representar las calamidades que trae esta calamidad, que sumemos aqui algunas de las que ha padecido Alemania en las guerras que han infestado en nuestros tiempos, con la venida de los Suecos. Vn libro entero salió en Inglaterra, que tiene solo por argumento contarlas, y no las pudo referir todas, y yo solamente apuntaré algunas, dexando aparte los lugares que se han despoblado, y quemado, porque solo en Babiera fueron

abrafadas dos mil villas; las insolencias, y crueldades de los soldados vencedores fueron inauditas, para que los vencidos les dixessen donde hallarian que robar, y sino los mataban: Y para que especificuemos algo, con vn cordel, ò cuerda de arcabuz les ceñian la frente, y luego torciendole con vn palo, les iban apretando las sienes, hasta que brotaba la sangre, se quebraba el casco, y saltaban los sesos: A otros echandolos en el suelo, ò sobre vna mesa, atados de pies, y manos, y luego les ponian encima gatos, ò perros hambrientos, para que les comiessem las entrañas, como sucedia muchas vezes, que la hambre de los gatos les hazia que les despedazassen los vientres, y les comiessem las tripas: A otros colgaban de las manos de lo alto, quedando todo el peso del cuerpo colgando dellas, y luego debaxo de los pies le pegaban fuego: A otros con vna escoda, ò martillo, les quitaban las narizes, y orejas, y despues hazian dellas cintillos para los sombreros, teniendo para mayor gala el mayor horror que cauaba su crueldad, preciandose de mas hombre, quien se mostraba mas fiero contra los hombres: A otros con cierta manera de embudo, echaban agua por la boca, hasta que les llenaban como à vna bota, y luego con violencia les pitaban

el vientre, y estomago, hazien-
doles salir el agua rebentando
por la boca, y narizes: A otros,
atandoles desnudos à vn palo, les
desollaban como à San Bartolo-
mè: A otros sacaban bocados: A
otros les dividian en muchas
partes, desquartizandolos vivos,
forzaban à las mugeres, y luego
por entretenimiento les corta-
ban los brazos. Algunos solda-
dos eran no solo tan fieros, sino
tan fieras, que se comian los ni-
ños, y cogiendo à vn chiquito de
los pies, le arrancaban vna pier-
na, y con la mano derecha se la
estaban comiendo, y chupando
la sangre, con la izquierda te-
nian colgado del otro pie al
muchacho llorando: A los cap-
tivos, y presos no les ataban las
manos solamente, sino horada-
banles los brazos, y por las mis-
mas carnes les metian las fozas,
y arrastrandolos detrás de los ca-
vallos à los quales daban de co-
mer en los vientres de los hom-
bres, que sacadas las entrañas,
servian à los cavallos de pefe-
bres. A otros ataban las manos,
hasta hazerles rebentar la san-
gre, robabanlo todo, y mataban
à los hombres en sus casas, y a
algunos graves Mugistrados,
perdonando la vida, hazian los
mas viles soldados que les sir-
viesen, descubiertas las cabezas,
à las mesas: Muchos por no ver,
ni passar tales lastimas, tomaban
veneno: Las donzellas, figuien-

dolas los soldados para forzarlas,
se echaban en los rios.

Juntaronse à estas desdichas
de la guerra, la peste, y la ham-
bre: los hombres que avian hui-
do del enemigo, se quedaban
muertos de peste en los campos,
otros de hambre; no avia quien
los sepultasse, sino los perros
que se los comian, y las aves; ni
los que morian debaxo de techa-
do tenian mas honrada sepultu-
ra, porque los ratones tambien
se los comian. Pero vengabanse
deste agravio los hombres, por-
que la hambre fue tal en mu-
chas partes, que se comian los
ratones, de los quales avia car-
niceria publica, y se vendian por
muy tubido precio. Eran dicho-
sas las Ciudades en que se halla-
sen à comprar semejantes car-
nes, porque en otra no valia na-
da sino ia diligencia de cada
vno. Andaban à la arrebatina so-
bre vn raton, y en la porfia le
hazian pedazos, teniendose por
dichoso à quien le cabia vn
quarto de sabandija tan asque-
rosa. El que comia carne de ca-
vallo, se tenia por regalado. Era
dicha saber donde avia vn rocin
muerto. Vnas mugeres toparon
vn lobo muerto, podrido, y lle-
no de gusanos, y dieron en el co-
mo en vna torta regalada. Los
ahorcados no estaban seguros en
las plazas, iban, y les cortaban
pedazos de carne para comerse-
los; ni aun los difuntos en las
se-

sepulturas, porque de noche los desenterraban para sustento de los vivos; pero que mucho que se comiesen los muertos, pues à no pocos vivos mataron para sustentar la hambre? Y dos mugeres mataron à otra por comerfela. Con tan recientes exemplos, no es necesario traer à la memoria otras calamidades de guerras antiguas; basta lo dicho para que se vea la multitud de desdichas que caben en la vida.

§. V.

Misérias que causan los afectos humanos.

Sobre todo, la mayor calamidad de la vida humana, no es la peste, ni la hambre, sino las pasiones humanas, no puestas en razon, por lo qual dixo S. Juan Chirifostomo: *Entre todos los males, es el hombre malissimo mal; cada bestia tiene vn mal, y esse es proprio della; mas el hombre es todos los males. Aun el diablo no se atreve à llegar à vn justo; pero el hombre llega à despreciarle.*

Y en otra parte dize por la misma causa: *Comparado se ha el hombre à los jumentos; pero peor es compararse, que nacer jumento; porque no es culpable estar por su naturaleza privado del uso de la razon; pero que el hombre dotado de la razon sea comparado à los brutos, este es el delito de la volun-*

tad. Y assi nos hazen de peor condicion nuestras pasiones. No es creible lo que padecen los hombres de los mismos hombres, de vn embidioso, de vn colerico, y de qualquier apasionado. David que es lo que padeciò de la embidia de Saul? *Destierros, hambres, peligros, guerras.* A Elias como le parò el deseo de venganza de Jezabel? *Mas le affligiò que vna pestilencia,* pues del mismo vivir tuvo hastio. A Naboth la codicia de Acab le quitò la vida mas presto que se la quitara la peste. *Què como garrorillo, ò pestilencia huvo como la ambicion de Herodes, que acabò con tantos mil niños? Què contagio mas mortal se puede temer, que la condicion de Neron, y de otros, que poseidos de su passion, quitaron à muchos las vidas, por darse à si vn gusto? Por esto dixo Tullio: Los desseos son insaciabiles, y no solo destruyen à personas particulares, sino à familias enteras, y aun à toda vna Republica arruinada.* De los desseos nacen los odios, los pleytos, las discordias, las sediciones, y las guerras. *Què generos de tormentos, y muertes no ha inventado el odio, y crueldad humana? Què suertes de venenos no ha hallado la passion de los hombre? Orfeo, Oro Medesio, Heliodoro, y otros muchos Autores, hallaron quinientas maneras de dar veneno en-*

Cic. de finib.

Cupidi-

tates sūt

infatiables,

que non modo

singulos

homi-

num,

sed vni-

uersas

fami-

lias

tant

Rempu-

blicam.

Ex cu-

litas

piditati

guerras.

Què

generos

de tor-

mentos,

y muertes

no ha in-

uentado

el odio,

y crueldad

humana?

Què

suertes

de venenos

no ha

hallado

la passion

de los

hombre?

Orfeo,

Oro Medesio,

Heliodoro,

y otros

muchos

Autores,

hallaron

quinientas

maneras

de dar

veneno

en-

cu-

bierto,

bierto, y otros muchos las acrecentaron. Pero respecto de lo que passa en algunas partes el dia de oy, fueron ignorantes; porque ya no ay cosa segura; pues se ha dabo veneno aun quando se dadan las manos de amigos, los que se reconciliaban. Solo en el sentido del oido no ha topado pñerta la ponzõña, de los demas ya se ha señoreado. Con el olor de vna rosa, con la vista de vna carta, con el tocar de vn hilo, con el gustar de vna passa ha hallado pñerta la muerte.

No ay cosa que cause mas miserias en los hombres, que las passiones de los hombres, con las quales à si mismos no se perdonan. El sobervio se enoja, y carcome con la felicidad agena. El embidioso se muere de ver à vn dichoso con vida. El codicioso se desveia por lo que no ha menester. El impaciente se despedaza las entrañas por lo que no importa. El colérico se pierde por lo que no le vâ, ni le viene. Quantos por no vencer vna sola passion, han venido à perder la hazienda, y sosiego, y la vida temporal, y eterna: Testigo desto es Aman, que por querer mas cortesia que se le debía, perdió honra, hazienda, y vida, hasta parar en vna horca. Tampoco parò la ambicion de Absalon, hasta colgar se de vn arbol ahorcado con sus propios

cabellos. De la misma suerte le costò à Amon la vida la execucion de su passion, y antes le tenia enfermo, flaco, y palido, causando en el mayor efecto su amor desordenado, que pudiera hazer vna ardiente fiebre. Fuera desto, à muchos han sido las passiones no mortificadas, vnos verdugos crueles que les han sacado de repente el alma. Escribe Dubravio, que el Rey de Bohemia Vencellao cobrò tanta ira con vn Aulico suyo, porque no le avisò de vn tumulto que levantò Zisca en Praga, que fue à matarle con la espada desnuda; pero deteniendolo, porque no manchasse à la Magestad Real con la sangre de su criado, le diò vna aplopexia de que murió luego. La muerte de Nerva fue tambien de vna ira que tomò como refiere Aurelio Victor. De Diodoro Crono escribe Plinio, que murió de repente, de verguenza de no aver respondido bien à vna pregunta de Estibon. De miedo, tristeza, gozo, y amor, son muchos los que han muerto. Solo quiero referir aqui vn caso lamentable, que dexò escrito Paulo Jovio. Vn hombre casado avia estado con vna muger amancebado, con tanto escandalo, que el Obispo de la Ciudad los descomulgò, si se viesen juntos: el hombre estaba tanciego de passion, que despreciando el mandato de su

Dubr.
lib. 2.
histor.
Bohem.
anno
1418.

Aurel.
Vict. in
epitom.
vita
Nerva
Plin. l7

Jovim. l
39. hist.
qui tēp.

Obispo, fue secretamente à verse con la manceba ; mas ella arrepentida ya de lo passado, le tratò mal de palabra, reprehendiendole su atrevimiento , y diziendo, que se fuera al punto de su presencia, y no la viera mas. El deshonesto hombre empezò à llamarla ingrata , y apretando vna mano con otra de rabia, y levantando los ojos al Cielo como para quejarse, quedò alli muerto , perdiendo en vn momento la vida temporal, y eterna, y asì su cuerpo no le enterraron en sagrado. Pues si las pasiones mortificadas son de tanto daño à la vida propia, à la de otros, y à toda la vida humana , quan perjudiciales seràn? Por cierto que aunque faltaran las demás desdichas humanas , son muy grandes las que las pasiones humanas causan. Ay mucho que sufrir en condiciones de hombres , en malos terminos , desagracedidas correspondencias, injurias voluntarias, y voluntades adversas. Todo el hombre es miseria , y causa de miserias. Quien ay tan dichoso, que contente à todos , ò que no le embidie nadie? Quien ay tan bienhechor , que no tenga algun quexoso? Quien ay tan liberal, que no encuentre vn desagrado? Quien ay tan estimado, que no le desprecie algun murmurador? Los Atenienfes hablaban que murmurar en su Si-

monides, porque hablaba muy alto. Los Tebanos acaufaban à Paniculo , que escupia mucho. Los Lacedemonios notaban à su Licurgo , que andaba siempre cabizbaxo. A los Romanos parecia mal el dormir de Scipion, porque roncaba recio. Los Vticenles disfamaban à Caton, porque comia de presto , y con los dos carrillos ; y tenia por mal criado, y tofco à Pompeyo, porque se rascaba con solo vn dedo. Los Cartagineses dezian mal de Anibal, porque andaba siempre desabrochado , y despechugado el estomago. Otros burlaban de Julio Cesar , porque andaba mal ceñido. No ay ninguno tan ajustado, que no halle en él que reprehender la embidia, y mal afecto de otros, ò la condicion extravagante.

Las mayores miserias de todas , son las que los hombres se causan à si mismos con sus desenfrenados afectos. Por estos dixo principalmente el Ecclesiastès aquella notable sentencia en que excedió à lo que los Filosofos dixeron de la miseria humana : *Alabè (dize) à los muertos , mas que à los vivos , y juzguè por mas dichoso que vnos, y otros , à aquel que aun no ha nacido , ni viò los males que se hazen debaxo del Sol.* Porque no ay cosa que mas ofenda à la vida humana , que las sinrazones de los hombres, odios, desafueros, vio-

lencias, inhumanidades, que causan las pasiones. Por lo qual huvo Filósofos que aborrecian grandemente, à todo el genero humano, por verle guiarse por passion, y no por la razon. Entre los quales Timon, Filosofo Ateniense, fue el inventor, y mas apasionado predicador desta secta, porque no solo se nombraba enemigo capital de los hombres, diziendolo à todos en su cara, pero hazia obras tales, que confirmaban sus palabras, como fueron, no conversar, ni morar, entre gente, vivir siempre en el desierto con las bestias, y fieras, apartado de toda vezindad, y poblado, porque nadie le visitasse, y viviendo en aquel desierto, jamàs queria ser visto, hablado, ni visitado de hombre, sino fue de vn Capitan Ateniense, llamado Alcibiades; pero à este no trataba por amor, ni por amistad que con él tuviesse, sino porque entendia avia de ser azote de los hombres, nacido para su tormento, especialmente por que sabia, que sus vezinos los Atenienses avian de padecer por su causa muchos trabajos, y fatigas. Ni se contentaba con este aborrecimiento que tenia à los hombres, con huir su compañía, como de animales furiosos, y crueles; pero procuraba hazer todo el daño que podia, para destruir, y arruinar el genero humano, inventando nue-

vas maneras para assolar, y acabar los hombres. Para esto hizo poner entre los arboles de su huerta muchas horcas, para que todos los desesperados, y cançados de vivir, se fuesen à ahorcar alli. Y como algunos años despues, para ensanchar su casa, le fue forzoso derribar aquellas horcas, se fue à Atenas, donde sin verguenza ninguna hizo congregaar al pueblo, dando gritos por las calles, comoregonero que quiereregonar algo de nuevo. El pueblo oyendo la voz ronca, y barbara de aquel tan horrendo monstruo, sabiendo (dias avia) de que humor pecaba, se le allegò luego, esperando oir alguna novedad. Viendo él ya à los mas de los Ciudadanos principales, y plebeyos juntos, comenzò à dezir à voces: Sabed, Ciudadanos de Atenas, que por cierta necesidad que me ha sobrevenido, quiero hazer derribar las horcas de mi huerta; por esso, si alguno tiene devocion de ahorcarse, sea luego. Y sin hazer otra arenga, acabada tan amorosa oferta, se bolviò à su casa, donde acabò el resto de su vida en esta opinion, filosofando siempre de la miseria del hombre. Quando le tomaron las ansias de la muerte, aborreciendo à los hombres aun hasta la postrera boqueada, mandò que su cuerpo no fuesse enterrado en la tierra, por ser el ele-

elemento en que comunmente reposan , y toman su descanso los hombres , y adonde comunmente se entierran los cuerpos humanos , temiendo que sus huesos no fuesen de los hombres vivos , ni sus polvos tocados dellos , sino que lo enterrasen à la orilla del mar , donde la furia de las ondas estorvasse à todas las criaturas , y defendiesse el passo de su sepultura , en la qual mandò se pusiesse este epitafio , que refiere Plutarco: *Despues de mi vida miserable , me enterraron en esta agua honda ; no cures de saber mi nombre , Lector , que Dios te confunda.* Faltò à este Filósofo la Fè , y la caridad , y así no distinguiendo entre la malicia, y la naturaleza humana, lo aborreció todo , aviendose solo de aborrecer la malicia, pero amar à la naturaleza. Mas diò à entender con tan estrañas demonstraciones quã monstruosas son las pasiones , quanto deben ser aborrecidos sus vicios, y quan digno de odio es todo este mundo , que se guia por passion, no por razon. Si compadeciendose del genero humano, aborreciera solamente à su faulto, y locura , con el desenfrenamiento de pasiones , acertara sin duda. Y los siervos de Christo así deben desear ver destruida esta pompa , y faulto de los hombres , como Timon à los mismos hombres. Ahorcadas

avian de estar todas las galas superfluas , ahorcados todos los deleytes illicitos, ahorcada la ostentacion vana de las riquezas, ahorcado todo oro , y plata que sirve para esto ; ahorcadas todas las honras vanas , ahorcados todos los titulos de sobervia, ahorcada toda embidia rabiosa, ahorcada toda colera desordenada, ahorcada toda venganza injusta , ahorcada toda passion desconcertada. Todas estas cosas de los hombres , ahorcadas debian estar, para que los hombres viviesen.

§. VI.

SON tantas las miserias de la vida , que no se pueden contar todas , y estàn tan llenas de males , que se tiene por menor mal el que calificò Aristoteles por el mayor de todos , que es la muerte , porque vence la multitud de los demás à la grandeza deste ; y así han tenido muchos por menor miseria la mayor de las miserias, por no padecer tantas; por lo qual dixo vno , que el vltimo de los Medicos era la muerte , porque acaba con los males, aunque ella sea grande mal. Y así para consuelo de los males de la vida daban como eficaz medicamento la memoria de la muerte, que ha de acabar con todo. Pero porque este no es consuelo general

ral para todos, por ser tan natural el temor de morir, y contarse entre las miserias de la vida los muchos modos de perderla, y peligros de muerte, no tuvieron que dar otro remedio, ni consuelo, muy grandes Filósofos, sino desesperar de remedio, como lo hizo Seneca, el qual aviendo sucedido en su tiempo vn grande terremoto en Campaña, en el qual se hundiò vna insigne Ciudad, que se llamaba Pompeyos, con otros pueblos que padecieron mucho, ovejas que se murieron, hombres que salieron de juicio, y gran multitud de personas que huyeron de aquella provincia, y salieron desterrados de su patria, medrosos, y despavoridos, les da por consuelo, para que vuelvan à su tierra, el no tener remedio los males; ni poderse huir los peligros de muerte. Y considerado bien, què seguridad se puede tener en la vida, pues la misma tierra, que se dize madre de los hombres, no les es fiel, y brota miserias, y muertes aun de Ciudades enteras? Què puede aver seguro en el mundo, si el mismo mundo no lo està, y sus partes mas solidas titubean? Si aquello solo que ay inmoble, y fixo para sustentar en si à los vivientes, se banibolea con terremotos? Si lo que tiene la tierra proprio, esto pierde, que es el estar firme, donde podrán hallar

refugio nuestros temores? A donde nos podremos acoger, que està mas firme, si el miedo se nos puede nacer entre los pies, y salir de aquello en que estrivamos? Quando se desmorona, ò estremece el techo de la casa, se puede huir della, y salir al campo, para que se cayga vazia. Pero adonde podremos huir, quando se estremeze el mismo mundo? Quando el fundamento de las Ciudades tiembla, y se despedaza, adonde podremos salir? Què consuelo puede aver adonde el temor ha perdido la puerta para huir? A los enemigos resisten las Ciudades con sus muros: En las tempestades se halla refugio en los puertos: Contra las nieves defienden los techos de las casas: En tiempo de peste se puede mudar lugar; pero de toda la tierra quien podrá huir? Y assi no se puede huir de peligros. Por esto dize Seneca, puede servir de consuelo no aver remedio de los males, porque es necio el temor sin esperanza. La razon destierra al medio en los que son prudentes, y à los que no lo son, la desesperacion de remedio les puede dar seguridad, por lo menos quitar el temor. Quien quisiere no temer nada, piense que todas las cosas son de temer: mire con quan ligeras causas corre peligro, aun las mismas cosas con que se sustenta la vida le arman assechanzas

zas. La comida, y la bebida, sin las quales no podremos vivir, viené à quitar el mismo vivir, No es cordura temer ser tragado de la tierra, y no temer la caída de vna texa. En el punto de la muerte se iguala toda fuerza de morir. Qué importa que vna sola piedra le mate à vno, ò que vn monte le oprima? El morir está en dexar el alma al cuerpo, que con cosas bien flacas sucede. Vna hendedura que haga vn cuchillo en tu carne, basta para matarte.

Pero otro consuelo han de tener los Christianos en todos estos peligros, y en las muchas miserias de la vida, que es la buena conciencia, la esperanza de la gloria, la conformidad con la voluntad Divina, la imitacion, y exemplo de Jesu-Christo. Con estas quatro cosas tendrán merito en la vida, y seguridad en la muerte, y en vida, y muerte consuelo, y en la eternidad premio. Estando Justo Lipsio muy apretado en la vltima enfermedad de que murió, como le quisiesen consolar con algunas razones filosoficas, y sentencias de los Estoycos, en las quales avia estudiado tanto aquel eruditissimo varon, como se vé en lo que escribió en la Introducion à la doctrina Estoyca, respondió muy Christianamente: Vanos son estos consuelos; y señalando con el dedo à vna

imagen de Christo crucificado que estaba allí, dixo: Este es el verdadero consuelo, y la verdadera apariencia; y luego con vn suspiro que le salia de lo profundo del corazon, exclamò: Señor mio Jesu-Christo, dadme la paciencia Christiana. Este consuelo hemos de tener los redimidos de tan amoroso Señor, considerando que nuestras culpas son mayores que nuestras penas en esta vida, y que avien-dolas padecido mayores el Hijo de Dios, careciendo de toda culpa, mereció convertir las miserias de la vida, que ocasionò el pecado, en que fuesen instrumentos de satisfazer por los mismos pecados, sacando del veneno atriaca, y convirtiendo la ponzoña en antidoto.

Podrèmos tambien sacar de lo dicho, quan injusta fue la queixa de Teofrasto, de que dieise la naturaleza mas larga vida à muchas aves, y animales, que à los hombres. Si nuestra vida fuera menos molesta, tuviera alguna razon; pero siendo tan miserable, muchos podrán tener por venturosa la mas breve; porque como dize S. Geronimo à Heliodoro, mejor es morir mozo, y vivir bien, que morir viejo, y morir mal. Siendo forzoso este viaje, no está la ventura en que sea tarde, sino en que sea prospero, y que se llegue al puerto deseado. Dize